

Centros sociales okupados:
La metrópolis y la auto-organización

Compilación de textos



LA PESTE

EDICIONES LA PESTE

edicionesapestosas@riseup.net

<http://www.lapeste.org/>

Región dominada por el Estado Chileno, Invierno 2015.

-Los Anarquistas estamos en contra de la dominación y la explotación-

© Copyleft. Se alienta el uso, copia, modificación y redistribución.

Se reconoce autoría, se desconoce la propiedad **-La Propiedad es un Robo-**

Centros sociales: monstruos y máquinas políticas para una nueva generación de instituciones de movimiento

*Pablo Carmona, Tomás Herreros, Raúl Sánchez Cedillo,
Nicolás Sguiglia*

Extraído: <http://transform.eipcp.net>

Los centros sociales okupados (CSO) han sido en las dos últimas décadas una de las creaciones políticas recurrentes en el contexto de los movimientos sociales a escala europea. En el período 1999-2004, los epicentros de la política irrumpieron fuera del centro social (CS): era el tempo del movimiento global y del no war. La innovación, la experimentación generó territorios diversos, ajenos a la lógica estricta del CS. Parecía que ese dispositivo caducaba en tanto que máquina política. Pasado un cierto tiempo, va surgiendo una nueva tipología de centros sociales, en tanto que plaza pública de subjetividades emergentes, en tanto que portadores de una nueva institucionalidad, en tanto que generadores de formación e investigación militante y de un nuevo underground cultural y político.

Este artículo pretende acercarse a las posibilidades de la nueva emergencia del dispositivo político que se conoce como centro social, en tanto que instituciones efectivas de movimiento, esto es, como instituciones de libertad, de singularidad, de potencia, de diferencia radical con el poder.

Secuencia uno: la memoria. Érase una vez los centros sociales...

La llegada de la década de los ochenta dejó en toda Europa una cierta sensación de derrota y de cambio de ciclo. El segundo asalto contra el capital que había protagonizado el proletariado y las luchas sociales de los setenta se vio desarmado ante las transformaciones económicas, políticas y sociales que se alumbraron para superar la crisis abierta desde 1973.

El pacto capital-trabajo de las democracias de posguerra se venía abajo. En la carrera por la deslocalización fabril y la desregulación social, el poder financiero tomó las riendas de la reordenación capitalista, haciendo de las metrópolis occidentales las nuevas sedes del mando imperial. El tejido industrial en occidente estaba herido de muerte y el hecho urbano alcanzaba un nuevo protagonismo. La realidad metropolitana se convirtió para principios de los ochenta en el escenario que tendencialmente tendrían que habitar los movimientos antagonistas. Las luchas protagonizadas por los nuevos actores sociales tuvieron que resituar las coordenadas de intervención política. Si en la ciudad fordista fueron las relaciones de trabajo las que determinaron una parte esencial del conflicto, en la metrópolis posfordista fueron las luchas desde el no-trabajo las que armarían la nueva crisis de lo social. La reconversión industrial y el paro lanzaban a las calles a un nuevo sujeto desposeído de todo derecho a la supervivencia: el No Future punk, grito de rabia y sobre todo de verdad. Esta situación llevó a un progresivo declive del sujeto obrero como protagonista central de los movimientos antagónicos, pasando el testigo a las múltiples experiencias de lo social que se iban abriendo paso. En esa posición encontramos al movimiento universitario, a los jóvenes y las jóvenes en paro y a los movimientos vinculados al feminismo, el ecologismo o a la comunicación alternativa, que compartieron escenarios de conflicto con las últimas grandes batallas del movimiento obrero en lucha contra los procesos de reconversión.

Pero la pregunta central era: ¿cómo hacer política radical ante los cambios y transformaciones estructurales que se estaban produciendo? ¿Quién debía o podría encarnar esas luchas? La mayoría de las organizaciones de extrema izquierda estaban desarboladas, y la izquierda institucional, desgastada por su colaboración gubernamental, estaba quedando en el dique seco tras la victoria aplastante del proyecto neoliberal.

De esta manera, toda realidad emergente debía afrontar, para superar la situación, un doble reto. Por un lado, debía sobreponerse al declive de los aparatos de izquierda radical y, por el otro, tenía que perfilar un movimiento que supiese habitar los cambios experimentados en el contexto económico, político, urbano y social de los ochenta. Ante esta crisis hubo muchas respuestas, y una de ellas fue la reinterpretación de los movimientos autónomos. Organizados en radios libres, movimientos antinucleares, colectivos feministas, colectividades anarquistas, autónomos o en grupos punks y hardcore, se encontraron, como herederos de la derrota, con un problema central. La ciudad, hecha a imagen y semejanza de un nuevo poder neoliberal, no dejaba hueco político, social, cultural, ni físico para que estas experiencias pudiesen proliferar. En las ciudades del capital, el derecho a existir no se concretaba en el derecho a opinar o a pensar; de un modo más perverso, existir significaba “tener un hueco”: con toda crudeza, la libertad de movimiento se medía en metros cuadrados. Tener un espacio desde donde poder luchar contra el sistema era, en consecuencia, la condición de posibilidad para crear cualquier propuesta antagonista en la ciudad. Por esta razón nacieron los CSO.

La verdad es que el modelo CS tuvo numerosos aciertos, y ganó un espacio importante. Radios libres, grupos de música, espacios de discusión política y sobre todo lugares que abrían una socialidad alternativa se conjugaron en los espacios okupados, proliferando como una subcultura urbana propia, distinta y reconocible dentro de las ciudades del anonimato. Pero esa fortaleza comunitaria y colectiva, ese reconocimiento ético y estético que se daba entre los grupos de izquierda alternativa vinculados a las okupaciones, también tuvo su

lado perverso. En una suerte de política de autoafirmación, los CSO quedaron encerrados en dinámicas identitarias, con lenguajes propios de comunicación y de descripción del mundo, funcionando como una facción política. En esta deriva se acotaba un entorno social, y la mirada se dirigía fundamentalmente hacia una “política del nosotros”, que a su vez generaba políticas de segmentariedad dura, de inclusión y exclusión, de dentro y fuera.

Con el movimiento global se abrió una fase expansiva y muy vital en la que una parte importante de los CS comenzaron a experimentar con distintos puntos de vista y nuevas fuerzas sociales. Una fuerza que se demostró en las cumbres organizadas por los gobernantes y que tuvo su episodio más trágico en Génova en el verano de 2001. En un ensayo general de represión sistemática, brutal y desmedida contra el movimiento global, la cumbre de Génova fue una advertencia muy clara: el capitalismo globalizado defendería con las armas, incluso en el corazón de la Europa de los derechos, el orden establecido.

Secuencia 2. No es el final: vuelven los centros sociales

Excurso. Problema: la (no) creación de instituciones de movimiento

Desde un punto de vista crítico, puede afirmarse que hoy el movimiento, los movimientos a escala europea, siguen sin ser capaces de productivizar la potencia política. A diferencia de lo que sí sucede en América Latina, en Europa no se dibuja, ni en sus trazos menores, la plausibilidad de escenarios posneoliberales, al menos en el corto y medio plazo. Es obligado por tanto indagar sobre el desarrollo deficitario de las instituciones de movimiento, la escasez de espacios donde crear, sedimentar, madurar una política más efectiva. Extrañamos una mayor presencia de instituciones de este tipo: flexibles, móviles, nómadas e insertadas en el enjambre de la multitud, que surjan del sedimentarse de movilizaciones anteriores: de la capacidad de comunicación del global movement, de la expresión multitudinaria del no war, de la intuición del proceso MayDay y de los movimientos por nuevos derechos sociales.

Surgen aquí vinculaciones explícitas con el problema propuesto por Sandro Mezzadra y Gigi Roggero, el problema de la organización: “el modelo network se practica hoy en una variante más bien débil”¹. Y también con el planteamiento de Raúl Sánchez, sobre “el carácter de necesidad que presenta la cuestión de la creación institucional”². Sugerimos, por lo tanto, que la creación y desarrollo de esas instituciones permitiría transitar hacia una strong network. Situar el debate alrededor de la creación de estas instituciones es entrar de lleno en los debates y prácticas que se están produciendo a escala europea en el ámbito del movimiento. Nuestro punto de vista no es teórico, vacío, frustrante, en el sentido de hablar de lo que no existe y podría existir. Muy al contrario, se enmarca en las prácticas políticas declinadas en presente.

Así, tomando esos datos, cuando hablamos de instituciones de movimiento lo que pretendemos es poner encima de la mesa iniciativas novedosas, reales, prácticas, que emergen, y tal vez se replican, en el contexto europeo. Que sin ser significativas, aún, en el plano numérico, sí son fugas de la repetición, son inventos monstruosos que presentan un nuevo campo político que se explora y que, a la vez, se pone a prueba en el campo social real. Y reconocemos en ellas los siguientes rasgos:

1. Son laboratorios de encuentro más estable de singularidades que tomaron y toman voz política diversa en el ciclo presente. La estabilidad, en este sentido, deviene una apuesta táctica/estratégica fuerte: facilita novedosas hibridaciones entre tales singularidades, recomponiendo y produciendo subjetivaciones diversas. A la vez, en momentos de alta dispersión y fragmentación del lazo social, se trata de espacios donde testear las situaciones, deseos y proyectos que hagan proliferar la vida compartida, la dimensión común de las singularidades.

1 Sandro Mezzadra y Gigi Roggero, “Singularization of the Common: Thoughts on the Crisis of the Movement of the Movements”, en turbulence. ideas for movement, 2003 (<http://www.turbulence.org.uk/singularisationo.html>).

2] Raúl Sánchez Cedillo, “Hacia nuevas creaciones políticas. Movimientos, instituciones, nueva militancia”, en transversal: prácticas instituyentes, julio de 2007 (<http://transform.eipcp.net/transversal/0707/sanchez/es>).

2. Son espacios dotados de recursos económicos, que ponen en marcha una empresarialidad biopolítica, y empujan a situar su actividad política en un plano realista, a la vez creativo y virtuoso. Los altos niveles de creatividad y los circuitos de cooperación se muestran capaces de ser traducidos parcialmente hacia la producción de un excedente monetario puesto a circular de forma virtuosa: aunque sean a pequeña escala, un “welfare de base” destinado a hacer aún más potentes los proyectos colectivos.

3. Sitúan en un punto nodal la producción de discurso crítico y las iniciativas la autoformación, lo que con Sergio Bologna podemos llamar “la construcción de un sistema inmunológico mediante una inteligencia colectiva”³. La investigación, los ciclos seminariales y la discusión devienen elementos constitutivos que conforman estas creaciones políticas: un verdadero polo de atracción de aquellas subjetividades cuya producción de conocimiento desea escaparse a la regulación estatal o mercantil (profesores, estudiantes, profesionales, becarios de investigación, etc.).

4. Son instituciones, ni privadas ni públicas, que experimentan tipologías de gestión comunitaria a geometría variable. Plantean cooperaciones inéditas con instituciones culturales, políticas o académicas, tanto para generar renta para los diversos proyectos en curso, como para generar cortocircuitos en y a partir de las nuevas cooperaciones, intentando superar la asfixiante dicotomía entre la política de la representación y el aislamiento individualista, y poniendo en valor la capacidad de las ricas redes sociales para gestionar lo común a través de una institucionalidad postestatal.

Sin duda, existen variadas tipologías de institución de movimiento (proyectos editoriales, revistas transnacionales, dispositivos móviles/nómadas de universidad, laboratorios hackers...). Una es el artefacto que conocemos como centro social, que sigue siendo, como señalábamos con anterioridad, la forma más replicada de expresión de movimiento a escala europea, pues está presente prácticamente en todas las grandes metrópolis. Y se trata de una institución anómala, cuya dinámica forma agregaciones importantes de personas con geometrías diversas de implicación.

3 Sergio Bologna, “Proteger la mente o sobre la autoformación política”, en Crisis de la clase media y posfordismo, Akal, Colección Cuestiones de Antagonismo, Madrid, 2006.

Atendiendo a esa posición preeminente, en el último trienio, precisamente después de la crisis del movimiento global y el intento por superarla a través de la reterritorialización de los epicentros políticos, estamos observando una relativa emergencia de CS: singulares instituciones de movimiento, con rasgos originales. Desde ahí, plantearemos algunas tareas que estimamos indispensables para su consolidación como instituciones, como creaciones; en definitiva, como máquinas de guerra.

Final del excursus. Vuelve la secuencia 2. Rasgos de los nuevos centros sociales.

En los últimos años, estos espacios han operado en un doble proceso de deconstrucción/reconstrucción: Los motivos de la deconstrucción se hallan en la caducidad de una forma de CS identitaria que incapaz de interlocutar con las nuevas subjetividades política emergentes. Esos CS eran poco dados a la contaminación ante el nuevo virus que estaba inundado la política. Los motivos de la reconstrucción se hallan, por el contrario, en la no corporeidad de movimientos y redes existentes más allá de espasmos, por muy intensos que estos fueran: comienzan a re-constituirse CS que efectivamente están en condiciones de catalizar esos nuevos protagonismos sociales. Los centros se vuelven un interfaz útil para la política metropolitana hodierna, que persigue una porosidad y seducción en su atrezo y en sus dispositivos políticos para condensar un nuevo repertorio de propuestas y acciones. En un primer momento, el dispositivo se deconstruye, incluso haciendo caducar la forma clásica de CS para, luego, llegar a la actualización del mismo como herramienta útil.

Esta reconstrucción se convierte en verosímil cuando estos centros devienen espacios de encuentro de las formas multitudinarias de emergencia política. A través de los movimientos emergentes de los primeros años del siglo XXI, hemos constatado que efectivamente podía llamarse multitud a esos muchos que actúan concertadamente en la esfera pública. La tarea política que de ahí emerge es pensar/experimentar formas de cooperación del sujeto plural multitudinario más sedimentadas, más productivas, capaces de asentarse sobre los códigos concretos, las bandas y las subjetividades diversas que conforman la forma-multitud.

Es aquí cuando los nuevos CS se desarrollan como espacio de encuentro más sedimentado, más estable, en el marco de construcción de una gramática de la multitud. El pasaje fue hacer de la porosidad rasgo distintivo y, por lo tanto, crear espacios/dinámicas seductoras para la inclusión de grupos no directamente vinculados a la historia y la práctica de los centros sociales. En esa plaza pública metropolitana se crean distintos dispositivos que generan la máquina bio-política que es el centro social, y consecuentemente el común: el punto de éxodo, de fuga, de la explotación metropolitana. Es una fábrica de la clase que viene, la clase que se forma⁴.

1. El diseño de una programación cultural estable y de referencia en su territorio urbano. El Ateneu de Nou Barris en Barcelona es una de las experiencias más avanzadas. Las escuelas de hip-hop del Ateneu Candela (Terrassa), el Patio Maravillas (Madrid) y el Centro Social Seco (Madrid) o la Casa Invisible (Málaga) y su capacidad de atracción de centenares de creadores anónimos ilustran también esa densidad cultural. Todo ello es muestra de un protagonismo cultural creciente, portador de trabajo vivo en el terreno cultural: un dispositivo creativo, que pone en escena la creación como acto de resistencia y de afirmación, de producción en común.

2. La edición cultural bajo licencias de cultura abierta, de creative commons o de copy-left. En marcos metropolitanos de creciente mercantilización y captura de formas culturales emergentes, con un peso in crescendo en la governance urbana, el centro social deviene otro modelo, que no sólo produce cultura sino que la produce con otras lógicas, que, además de facilitar sus réplicas, las incentivan. Así, estamos delante de un dispositivo institucional de movimiento, que sustituye el esquema D-D', la acumulación infinita de capital como prioridad, por la acumulación infinita de deseo de libertad, de creación.

3. Los nuevos CS son espacios metropolitanos que se significan en pro de la creación de circuitos de autoformación y de investigación militante, para desarrollar formas anómalas, nómadas, de aprendizaje

⁴ Véase la carpeta de textos La Clase a Venire, en Posse, noviembre de 2007 (<http://www.posseweb.net>).

común, en el marco de una nueva composición del trabajo cognitivo. Es así que abren dispositivos en formas de red de conocimiento, que anticipan las universidades del cognitariado, las universidades posmodernas de autoaprendizaje tecnológico, antropológico, político, como mecanismos de subversión a gran escala⁵.

4. La constitución de dispositivos heterolingües⁶. La metrópolis europea se afirma como plenamente poscolonial, multiplicidad de ciudadanos que no pertenecen. Los CS se sitúan en ese plano y devienen espacios de frontera, mestizos que se definen como luchas contra toda sutura a una identidad nacional, tanto dominante como supuestamente “subalterna”. Estos CS devienen bárbaros, apostando por un cosmopolitismo radical, dentro de una “definición de una ciudadanía que ya no esté ligada al Estado-nación, sino que sea incondicionada y universal”⁷. Se abren dispositivos para procurar ese éxodo, de cultura metropolitana mestiza: un dispositivo que encuentra en la hibridación y la identidad posnacional un gesto inmanente de la nueva composición de clase, capaz de sobrevivir incluso a la producción de miedo y la governance securitaria de la clase política europea.

5. Nuevas formas de sindicalismo social: oficinas de derechos sociales, agencias precarias y talleres de asesoría, intentan articular formas de enunciación singulares y comunes en la vida precarizada. Hablan del trabajo, de la ciudadanía, de la casa y de la vida, de la multiplicidad de la explotación contemporánea. Afirman un dispositivo de enunciación política, de lucha, que co-responde a la época del general intellect, creando redes de cooperación a partir de saberes específicos. Los CS propician momentos informales donde compartir la declinación singular de la precariedad, donde hacer circular los consejos, donde desindividualizar el conflicto, retomando de ese modo la mejor tradición de las tabernas obreras y los espacios informales de formación de la clase. Estamos, así, delante de un dispositivo que

5 Piénsese en la Université Ouverte (http://www.cip-idf.org/rubrique.php?id_rubrique=306), Libera Università Metropolitana (<http://www.escatelier.net/>), Universidad Nómada (<http://www.universidadnomada.net>).

6 Sandro Mezzadra, “Vivir en transición. Hacia una teoría heterolingüe de la multitud”, en trans-versal: traducir la violencia, noviembre de 2007 (<http://eipcp.net/transversal/1107/mezzadra/es>).

7 Judith Revel, “Nuevas experiencias de organización” (<http://estrecho.indymedia.org/newswire/display/68245/index.php>).

actúa de forma recombinante, de una autoorganización proletaria de los nuevos sujetos, para procurar nuevos derechos sociales, derechos a la formación, a la movilidad, a la renta.

6. Finalmente, estos lugares ponen en marcha importantes experimentos de empoderamiento y protagonismo social en el territorio: una relación táctica y postraumática con el poder y la política de la representación que permite vectorizar la cooperación, los saberes militantes, las alianzas y la legitimidad pública hacia conquistas concretas, para situarse como un actor en el escenario metropolitano. Es el caso de las negociaciones virtuosas en defensa de espacios okupados (Seco, Madrid; La Escalera Karakola, Madrid; La Casa Invisible, Málaga), en la redistribución forzada del dinero público (Ateneu Candela, Terrassa) en la producción de conflicto ante la violencia estatal (Casas Viejas, Sevilla; Ungdomshuset, Copenhagen).

•

Así, la reconstrucción, el encuentro y la conspiración a través de dispositivos como los citados nos permite caracterizar a los CS, no a la defensiva, no como reservas de nostálgicos o cabreados, sino todo lo contrario: devienen dispositivos ofensivos, máquinas de guerra proliferantes, moléculas de nuevos contrapoderes sociales. De este modo, llegan a ser, y es éste su carácter más significativo, una agregación contra la explotación metropolitana: en el marco de la multiplicidad de sujetos encuentra un común en la construcción y desarrollo de unos espacios, los CS, que suponen un éxodo, otro estar en la metrópolis, otro uso de la relacionalidad propia del general intellect para crear espacios de goce, de libertad, de voice y de exit.

Estamos, por lo tanto, ante de uno de los experimentos que constituyen un ejercicio productivo contra esa explotación, que anuncian y practican un nuevo derecho social, un nuevo derecho metropolitano: el derecho a habitar la metrópolis, a significarla de otro modo, a generar una molécula efectiva de vida. Ese derecho se toma y se defiende a través de diversas modalidades propias de una geometría variable: muchos de estos centros sociales surgen de la okupación, pero avanzan

más allá de ella para ganar ese espacio a la explotación a través de formas diversas de negociación con las instituciones administrativas. Es, pues, una práctica constituyente, el centro social como derecho social, de la cuál debemos tomar nota como ejercicio del común.

•

Cerramos proponiendo tres hipótesis cuyo desarrollo consideramos deseable para dar un salto de calidad en la apuesta política que anuncian los CS.

Hipótesis 1. Ese encuentro y esa conspiración entre grupos diversos que se produce a partir del dispositivo centro social, y que se acompaña de movilizaciones, campañas, calendarios comunes, es un avance para una definición práctica de clase como sujeto multitudinario que busca formas propias de organización y cooperación. Se avanza así en el terreno empírico tratando de desvelar las formas de explotación conjugadas en presente, así como en el conocimiento de las prácticas que se escapan de esa realidad. Nos parece que éste es un punto central en la reflexión sobre los centros sociales de nueva generación: después de las formas multitudinarias de la acción política que en los últimos años hemos visualizado, estos centros devienen experimentos organizativos de clase, esto es, de acción política conjunta de esa multiplicidad. El centro social se entiende como una máquina de guerra capaz de lanzar iniciativas capaces de reclamar, gestar e inventar una nueva suerte de derechos sociales. Unos debates que llevan ineludiblemente a plantearse un programa de investigación/encuesta sobre la fábrica metropolitana en el seno de la cual que se producen estos CS y su vinculación con formas nuevas de política metropolitana.

Hipótesis 2. La creación de nuevos centros sociales nos muestra la plausibilidad de una política radical, a la vez que realista, en el contexto metropolitano. No es la única, bajo ningún concepto. En el último bienio, estamos observando nuevas expresiones que nos permiten intuir una nueva emergencia política para los tiempos presentes⁸, que se combina con formas más imperceptibles pero igual-

⁸ Véase V de Vivienda (<http://www.vdevivienda.net>). Existen otras que, aunque menos conocidas, menos perceptibles, anuncian una novedosa forma de acción política: la iniciativa de

mente políticas de rechazo de la governance metropolitana. Una emergencia que, para el caso de España, no se ha podido constatar en toda su nitidez en el período 2004-2007 [la primera legislatura del gobierno de Rodríguez Zapatero]. El nuevo escenario que abrirá el gobierno que surja de las nuevas elecciones ha de utilizarse para potenciar claramente el surgimiento de movimientos más audaces, más persistentes, más pacientes y a la vez impetuosos y virtuosos, que sean capaces de generar un ciclo largo, fecundo, feliz y gozoso que ponga en la esfera pública la batería de nuevos derechos sociales, el poder de la vida que resiste, la reapropiación de lo esencial para la vida (casa, cuidados, formación, movilidad, renta...). Nos parece que para hacer realidad ese marco, es deseable una cooperación intensa a través de nuevos vocabularios, nuevas prácticas, nuevos diagramas y diseños programáticos compartidos, entre estos CS y esas emergencias políticas que actúen a modo de propulsores de un nuevo éxodo metropolitano.

Hipótesis 3. Volviendo a los centros sociales, constatamos que esa nueva dimensión de estos espacios se está produciendo, en declinaciones evidentemente diversas, en distintos espacios metropolitanos europeos. Nos parece que en la agenda de movimiento es deseable y pertinente la organización de una conferencia específica para el ensayo de formas de cooperación euro-peas entre estos centros sociales, con circuitos de autoformación transnacional, programaciones culturales compartidas y, por qué no, formas sedimentadas de intercambio bajo la tipología "Erasmus para/con los movimientos sociales". Eso debería ser un experimento para situar y nombrar a escala europea el derecho metropolitano a los centros sociales, una reivindicación y una práctica de primer orden que formaría parte de la batería de nuevos derechos sociales.

las madres para exigir derechos y valorización en el cuidado de los hijos y de las hijas (véase <http://www.stylofoam.com/marato/cast/index.html>); la movilizaciones de los becarios y becarias universitarias (véase <http://uabprecarietat.wordpress.com>); o la protesta de los conductores y conductoras de autobuses en Barcelona (véase <http://comitedescansos.blogspot.com>).



Nos parece que estos rasgos y estas hipótesis definen los CS como instituciones inéditas, monstruosas, en el contexto metropolitano. En definitiva, los centros sociales de nuevo tipo son experimentos de nuevas instituciones. Es en este sentido que, obviamente sin sobrevalorarlos ni fetichizarlos, generan respuestas para los movimientos sociales actuales. Son instituciones que, igual que otras en otros campos, generan nuevos espacios de autonomía y su potencia está en su capacidad de colaboración, de cooperación con las luchas que se desarrollan en presente: hoy por el acceso a la vivienda o por los derechos de las personas migrantes. Y mañana, por otras que van a venir, que están surgiendo en el contexto, deseamos que terminal, del capitalismo neoliberal.

Los autores del texto participan en diversas experiencias políticas (Proyecto Editorial Traficantes de Sueños, Universidad Nómada...), así como propiamente en la experiencia de los centros sociales (CS Seco de Madrid, Casa Invisible de Málaga, Ateneu Candela en Terrassa...). En este sentido, el texto no quiere ser una declaración personal, sino que pretende expresar las inquietudes que recorren a una parte de lo que llamamos movimiento. Las reflexiones incluidas en este documento, de esta forma, se vinculan a discusiones con muchos compañeros y compañeras, amigos y amigas, en tiempo presente. Imposible dar todos los nombres. Sí que queremos hacer una mención especial, y un agradecimiento muy sincero, a Carla Ubach y a Joan Miquel Gual por los comentarios y sugerencias que nos mandaron después de leer uno de los borradores de este escrito.

La metrópoli y la llamada crisis de la política.

La experiencia de ESC.

Atelier Occupato ESC (Roma)

Traducción de Marta Malo de Molina

Extraído: <http://transform.eipcp.net>

1. La metrópoli y la denominada crisis de la política

En Italia, en los últimos tiempos, se ha impuesto en el debate mediático y periodístico el gran tema de la “crisis de la política”. De un solo golpe, la inestabilidad de un marco institucional al que le cuesta canalizar el consenso y legitimar la decisión política se ha convertido en la crisis moral de todo un país. Todo lo que excede los límites de la representación institucional se tacha de “apolítico”. Como si la categoría de lo político fuese mera prerrogativa de quienes deberían detentar su monopolio.

La violencia del discurso securitario, unida a la redefinición del marco institucional en torno a la producción de opinión pública, han hecho lo demás. Sin embargo, es preciso, por nuestra parte, dar cuenta de estos procesos que ponen en tela de juicio la redefinición misma

de lo “político” en un momento en el que éste parece privado de sus referentes tradicionales.

Nos parece importante partir de aquí porque consideramos que la metrópoli es precisamente el contexto donde estos procesos adquieren plena visibilidad. Roma, en particular, se ha presentado, justo en el periodo de su mayor expansión económica, como candidata a “laboratorio” en el que experimentar los complejos mecanismos de reinención de la política institucional italiana (véase la experiencia de Veltroni y la constitución del Partido Democrático) y la reconstrucción de un imaginario adecuado a esa crisis de la representación que, de discurso crítico de los movimientos sociales, ha pasado rápidamente a conformar el léxico del debate nacional.

¿Cuáles son, por lo tanto, los procesos que están determinando esta “crisis de la política” y que tienen por escenario principal la metrópoli? En esencia dos: por una parte, la redefinición de la composición de clase metropolitana y, por otra, el languidecimiento de los dispositivos tradicionales de gobierno y de normación de la vida social. Desde el fin de la función de estabilización de la denominada “clase media” hasta la creación de nuevas polarizaciones sociales que hacen saltar por los aires la rígida contraposición entre incluidos y excluidos, pasando por los procesos de desclasamiento de las nuevas figuras de la producción social e intelectual para llegar, claramente, a las transformaciones que atañen a la naturaleza misma del capital y de su función de gobierno y control. Si queremos evitar una interpretación moralista e ideológica de la llamada “crisis de la representación” debemos, pues, ver precisamente en esta demudación de la composición social el languidecimiento de los dispositivos tradicionales de representación de los intereses, el debilitamiento de la capacidad de delegación propia de las instituciones de la política clásica y el devenir imperceptible, para el gobierno, del propio “objeto” sobre el que debería ejercerse.

En definitiva: las metrópolis están atravesadas a lo largo y a lo ancho por un durísimo proceso de redefinición de las clases; esta redefinición está produciendo, en la práctica, una crisis de legitimidad de las instituciones de representación política tradicional y, a la par, está abriendo a escenarios inéditos. La proyectualidad política de los movimientos debe situarse precisamente dentro de estos escenarios.

2. La governance y la imposibilidad del gobierno

El trabajo de análisis desarrollado por los movimientos en los últimos años ha estado en su totalidad dirigido a la definición de esa divisoria de aguas (fordismo-posfordismo, moderno-posmoderno) que separaba un antes y un después, es decir, que permitía explicitar todas esas evoluciones que la modificación del capitalismo global había acarreado, en las relaciones de producción y en las relaciones de poder, en las transformaciones del espacio y del tiempo de la acción política, así como en las mutaciones que afectan a las instituciones de la representación política y a la composición de las subjetividades de los conflictos.

La definición de esta transición nos ha permitido, con el tiempo, dejar atrás aquello que denunciábamos que se estaba agotando y, sobre todo, ha abierto la posibilidad de una reinención de los propios movimientos, más allá de las categorías a las que la izquierda, toda la izquierda, se ha quedado letalmente enganchada.

Ahora se impone la urgencia de llegar, desde la descripción de este cambio general, a la definición de categorías, análisis e hipótesis políticos que asuman la contemporaneidad como campo de batalla, que identifiquen en el presente líneas de ruptura.

La búsqueda de una definición “política” de la metrópoli se convierte en este sentido en una apuesta en juego de importancia primaria. Es decir, hay que librarse de las definiciones meramente sociológicas que han caracterizado en los últimos años el estudio de los fenómenos ligados al surgimiento de una nueva espacialidad y una nueva temporalidad dentro de los contextos urbanos. De hecho, es preciso reinsertar tales consideraciones dentro de una argumentación que asuma la forma-metrópolis como constitución de un campo de fuerzas en transformación, atravesado por confines móviles, líneas de jerarquización y procesos de producción de nueva institucionalidad. Este campo es el escenario en el que se ha determinado la crisis de las formas tradicionales de gobierno producida por las luchas y por los movimientos y, al mismo tiempo, el terreno en el que se experimentan nuevas formas de captura y control, de inclusión y violencia.

En este sentido, lo que por lo común llamamos *governance* está inextricablemente vinculado al intento de trabajar sobre esta crisis. Cualquier visión lineal que asocie la *governance* a una especie de gobierno soft [blando], abierto a los procesos de democratización y pluralización de la sociedad, corre el riesgo de hacernos perder el cabo de la madeja. La *governance* interviene allí donde las formas tradicionales de gobierno ya no funcionan: ésta es su única condición de existencia. Desde este punto de vista, cuando hablamos de *governance* metropolitana, aludimos a ese conjunto de prácticas públicas que ven en la armonización de intereses irreductibles y heterogéneos la respuesta a la incapacidad para hacer que la decisión emane de un proceso previo de legitimación institucional. El languidecimiento de los mecanismos tradicionales de disciplinamiento social y de canalización de los intereses ha acabado, en la práctica, por hacer que las subjetividades mismas resulten opacas para la práctica de gobierno. En un cierto sentido, la *governance* constituye un esfuerzo por producir, de manera continuada y a través de geometrías variables y flexibles, subjetividades que se adecuen a la administrativización de la vida, donde los límites entre público y privado acaban por ser lábiles y escurridizos. Por completo superada queda la propia relación entre inclusión y exclusión. De hecho, lo que tenemos ante nosotros es la multiplicación de instancias de gobierno que ven en la capacidad incluyente y, al mismo tiempo, diferencial, disyuntiva, la condición de su funcionamiento.

Lo que por lo común se llama “giro securitario”, que, en efecto, ha impregnado la vida en no poca medida dentro del contexto urbano, responde en realidad, más que a un impulso neoautoritario del poder (de donde la reaparición, también en ámbitos de movimiento, del obscuro ritornelo sobre la fascistización), a la necesidad, ésta sí incontenible, de penetrar lo social, de hacerlo, ante todo, visible y administrable.

¿Qué quiere decir administrar una fuerza de trabajo como la metropolitana, cuando ésta resulta ser absolutamente irreductible al disciplinamiento tradicional? ¿Qué quiere decir administrar flujos urbanos en la época de su máxima desincronización? Este límite del gobierno, esta fragmentación que lo caracteriza, son fruto de un antagonismo creciente que ve, en la espacialidad y temporalidad metropolitana, terrenos de conquista y campos de batalla.

3. Gentrificación [gentrification] y constitución del territorio: la experiencia de ESC (Roma)

La experiencia de ESC se sitúa dentro de un territorio, San Lorenzo (Roma), atravesado de manera significativa por estas dinámicas. Barrio históricamente universitario, convertido en los últimos años en un auténtico territorio del consumo cultural. Frente a la concentración de intereses especulativos por parte del capital inmobiliario, que han provocado subidas vertiginosas de los alquileres y del coste de la vida, las comunidades históricas del barrio han reaccionado de manera cada vez más virulenta, promoviendo una auténtica “guerra contra los jóvenes”.

Por una parte, la valorización capitalista del territorio pasa por un proceso de polarización social muy significativo: la gentrificación suma a los flujos del capital inmobiliario la constitución de una high class [clase alta] creativa que modela el ambiente urbano. Por otra parte, las comunidades históricas de residentes, a través de formas de reterritorialización identitaria, han funcionado como punto de apoyo para la legitimación de dispositivos de control sobre el territorio y de segmentación de los flujos juveniles.

Hay que interpretar estos procesos en su carácter simétrico. En efecto, ambos se apoyan en la dinámica de desterritorialización general del barrio provocada por las formas de vida juveniles y estudiantiles. Formas de vida alternativas a las temporalidades del trabajo asalariado y que exceden la identidad momificada del propio barrio. En otras palabras, tanto la gentrificación como la resistencia comunitaria intervienen en ese espacio liso generado por las travesías nomádicas de formas de vida basadas en el valor de uso y en el rechazo del trabajo. La gentrificación es el intento de valorizar un espacio urbano redefinido por fuerzas productivas que, a través de medios de excepción, sacan beneficios y ejercen el control. El antagonismo creciente entre estas fuerzas y el intento de codificarlas en términos normativos y mercantiles ha producido la convergencia de sujetos públicos y privados unidos en la voluntad de reglamentar el espacio y el tiempo urbanos: instituciones locales, comunidades residentes, comerciantes, asociacionismo, partidos históricos de izquierdas y cuerpos de policía han dado vida, en la práctica, a una forma inédita de acción política transversal, produciendo una militarización del barrio y una acción de control puntual y continua de los flujos que lo atraviesan.

En este escenario, la acción desarrollada por un espacio okupado como el nuestro ha consistido en proponernos como catalizador de estas fuerzas (estudiantes y precarios) y activador de formas autónomas de institucionalidad. Cualquier vieja idea de arraigo territorial no sólo está superada, sino que es suicida. En el momento en que los mecanismos de jerarquización metropolitana ya no funcionan a través de la dialéctica entre inclusión y exclusión, sino a través de mecanismos de inclusión diferencial, el problema consiste en que los centros sociales entiendan qué tipo de papel son capaces de desempeñar.

En este marco, hemos asistido a dos tendencias en el panorama de muchos centros sociales italianos: integración en la jerarquía metropolitana y búsqueda de reconocimiento de su papel político-cultural, o la opción del gueto, también sumamente funcional a los mecanismos de inclusión diferencial.

El problema político que nos planteamos, entonces, es cómo saturar los mecanismos de governance, cómo construir una batalla no en un afuera imposible, sino dentro y contra los mecanismos de inclusión diferencial. Cómo reapropiarse de lo público y determinar un poder de mando colectivo (instituciones de lo común, como lugar de organización de la fuga y de la ruptura). Cómo intervenir sobre las fronteras, en tanto que espacio de la resistencia, de la subversión y del éxodo.

4. La organización metropolitana, entre composición técnica y política

La metrópoli es un espacio opaco, no indistinto. En este sentido, construir una imagen política de la metrópoli quiere decir trazar una cartografía de las líneas jerárquicas que la atraviesan y de los diferentes potenciales que la exceden y que la constituyen como cuerpo vivo. La idea romántica de la sociedad civil contrapuesta al poder nos resulta muy poco útil en este contexto. Por el contrario, es preciso sumergirse en la composición metropolitana para identificar en su heterogeneidad irreductible los puntos de aplicación de una acción política posible, reconocer dentro de las tramas jerárquicas del tejido biopolítico las producciones de subjetividad, su diferente capacidad de inaugurar escenarios de generalización, de incidir con éxito en los puntos de ruptura y de producir institucionalidad autónoma. Éste es el tormento.

¿Cómo se puede dar un vuelco a las dinámicas de inclusión diferencial, a los procesos de jerarquización de la fuerza de trabajo posfordista, para que se conviertan en puntos de ataque?

Con este fin, nos parece útil volver a hacer uso de la distinción operaista [obrerista] entre composición técnica y política de la clase. En términos esquemáticos, podemos definir la composición técnica como la estructuración capitalista de la relación productiva, por lo tanto, como ese conjunto de procesos organizativos, técnicos y jurídicos que definen la forma de la actividad laboral; y, como composición política, las formas de subjetivación del trabajo vivo por las cuales el capital se ve obligado a reestructurar y modificar constantemente el proceso de explotación. Hay que recuperar esta distinción sobre todo para redefinir sus términos de manera radical: las dinámicas que caracterizan el capitalismo cognitivo nos obligan, en efecto, a repensar a fondo nociones forjadas a partir del trabajo de fábrica y de la subjetividad obrera. ¿Qué quiere decir hoy composición técnica, cuando las dimensiones social, cognitiva y antropológica se hacen cada vez más centrales en las formas de prestación laboral? Y ¿cómo definir la composición política una vez que se ha asumido la excedencia estructural de los conflictos con respecto al estrecho perímetro del trabajo prestado en términos formales? Este artículo no responderá a estas preguntas. Nos interesa únicamente insistir en la centralidad que, a nuestro juicio, debe cobrar la relación entre estas dos dimensiones dentro del análisis de los conflictos metropolitanos. El problema, en otros términos, es reconstruir este nexo.

A decir verdad, el debate de movimiento, por lo menos en Italia, parece oscilar entre dos posiciones contrarias. Por una parte, la definición de la subjetividad descansa en una especie de absolutización de la composición técnica. La subjetividad se podría reducir sin más a su definición sociológica: la estructura del mercado de trabajo posfordista sería la que produciría los sujetos antagonistas. En este sentido, expresiones como cognitariado, migrariado, precariado, creative class [clase creativa], etc., etc., comparten, todas ellas, la idea de que la estructura técnica constituye la base a partir de la cual se produce la subjetivación. El riesgo ligado a estas posiciones radica, por una parte, en naturalizar las jerarquías presentes en el mercado de trabajo, cuando estas jerarquías funcionan precisamente como instrumento capitalista de conminación disyuntiva dentro de los procesos productivos; por otro lado, en dejar el proceso de subjetivación simplemente como prerrogativa de la acción de la conciencia, que incidiría sobre una identidad

ya estructurada a la que le faltaría, sin embargo, la conciencia política. Esta conciencia, por lo demás, coincide casi siempre con una mera demanda de reconocimiento (de competencias, estatus social y económico) dentro del mercado.

Por otra parte, encontramos en cambio posiciones que calan la definición de subjetividad enteramente sobre la composición política. En este caso, la subjetividad coincide con el momento de su sublección: el conflicto desplegado es el único criterio de definición y de análisis posible. Lo que define la subjetividad es el acontecimiento, en su trascendencia. Estas posiciones tienen el gran límite no sólo de desencarnar a los sujetos de las relaciones de producción y explotación, sino también de no decir nada sobre lo que hay antes y después del propio acontecimiento. No dirigen lo suficiente la atención hacia la “posibilidad” y la “continuidad” de la producción de subjetividad y del propio acontecimiento. Éste es el riesgo que encierra una definición de multitud desvinculada de su ser redefinición del concepto de clase. Así pues, estas posiciones, en ausencia de momentos de conflictividad significativos, caen en la tentación de desarrollar un discurso sobre la organización enteramente centrado en las comunidades militantes existentes.

Desde nuestro punto de vista, en cambio, el problema de la organización metropolitana se sitúa precisamente dentro de la relación, problemática y compleja, entre analítica de los poderes y producción de subjetividad, composición técnica y política. El problema de la definición de la subjetividad deberá, pues, atender a aquellos procesos que exceden la estructura de la jerarquía, trazando líneas de composición posibles. El trabajo político desarrollado dentro de la Universidad no es, pues, un mero fruto de la condición social de quienes atraviesan ESC, sino, por el contrario, una apuesta sobre un nudo central de redefinición de la relación entre constitución y segmentación de la fuerza de trabajo posfordista y acumulación de fuerza subjetiva. Nosotros estamos ya dentro de las condiciones de posibilidad de la transformación: por fortuna, todas las hipótesis de vanguardia externa viven desde hace tiempo su ocaso. Sin embargo, estas condiciones no se identifican con nosotros como subjetividad constituida: los militantes políticos están totalmente insertos en la composición de la multitud, pero “todavía” no son la composición de la multitud. En esta diferencia y en esta distancia, debe plantearse, a nuestro juicio, el problema de la organización y de la “clase por venir”.

El arte de tejer

Entrevista a Javier Toret

Extraído: <http://areaciega.net>

El centro social Casa de Iniciativas en Málaga es una iniciativa insólita en el paisaje nacional. La inteligencia colectiva, la apertura, la capacidad de tejer redes entre gentes distintas son ahí algo más que palabras. En esta entrevista, Javier Toret repasa con trazo grueso alguno de los jalones más importantes del proceso del centro social, que ya conoce dos ediciones. El centro social Casa de Iniciativas, en el que Javier Toret ha formado parte del núcleo promotor más activo, ha servido siempre como espacio de consolidación y catapulta de los distintos proyectos que acompañan, mapean, problematizan, expresan, piensan y comunican las luchas y los desafíos de inmigrantes y precarios.

Un centro social

La evolución de los centros sociales okupados en Málaga que describe Javier Toret es verdaderamente reveladora de las transformaciones de la acción política que han tenido lugar entre las experiencias de autoorganización de un tiempo a esta parte. En un primer momento, se parte de un centro social a la antigua usanza: activismo, asamblea okupa clásica, predominio de lo ideológico... Pero se pasa, tras un desalojo, a un centro social más abierto al entorno, la Casa de Iniciativas, cuyo objetivo es trabajar con otra gente y aprender, caminar preguntando. Se intenta romper con el gueto político auto referencial y construir un espacio publico no estatal, quitándole toda identidad okupa y todas las connotaciones que conllevaba. Sin línea política, se trata de un espacio de cooperación no predefinido, que pone fin así a la identidad cerrada y al exceso de ideologización del centro social anterior. Durante el proceso previo a la ocupación, se debatieron claves fundamentales del futuro centro social: identidad, negociación con las instituciones, etc.

Los años de trabajo en la Casa de Iniciativas han servido para componerse más políticamente. En su tercer centro social, parten con una línea política más clara o, al menos, con una investigación política mayor. Tienen memoria y una serie de contenidos políticos que han defendido durante todos esos años. Al mismo tiempo, mantienen el espíritu zapatista de caminar preguntando, autoevaluarse constantemente, impedir que el grupo se cierre sobre sí mismo, etc.

Evolución

En sus 6 años de trayectoria, han trabajado en temas locales, con inmigrantes, etc. En un primer momento, el centro social se volcó en su entorno, trató de renombrar el barrio, rehacerlo en cooperación con otros: ahí quedan los talleres de Zambra con menores, el trabajo político con inmigrantes, etc. Después hubo una fase donde el centro social adquirió rasgos más “metropolitanos”, sin abandonar tampoco la atención a lo más cercano. Los temas han variado pero nunca han perdido la perspectiva de que los procesos que se producían en Málaga no estaban aislados del mundo. La relación con el escenario “global” ha sido muy importante para los habitantes del centro social: Foros Sociales, etc.

Partiendo de la idea de que un centro social no se puede “comer” todo el tiempo de maquinación, producción y conspiración de sus integrantes, en la Casa de Iniciativas se han realizado siempre grupos de estudio y debate y han estado en continuo contacto con la universidad. Un centro social no es sólo su gestión, pero muchas veces amenaza con serlo. Los grupos de lectura colectiva, por ejemplo, permitieron sustraer tiempo y espacio a las tareas de pura gestión y abordar otras cuestiones que luego se retroalimentaban indirectamente con la actividad política del centro social: por ejemplo, la lectura de Deleuze y Guattari permitió abordar el problema de “odio encubierto” entre militantes y no militantes que afectaba al centro social.

En la polémica clásica sobre si un centro social es un medio o un fin, la primera respuesta es inmediata: el centro social es una herramienta para lograr objetivos políticos. Pero enseguida, cuando se reflexiona sobre la cantidad de tiempo que se ha entregado al espacio, se apunta que también ha sido una forma de vida que llevaba la recompensa incorporada en sí misma. Un fin. La tensión entre iniciativa política pública y gestión del espacio ha sido siempre un problema importante en la Casa de Iniciativas. Cotidianamente, en el centro social se desarrollaba una dinámica horizontal y expansiva encarnada en multitud de proyectos heterogéneos, que se “verticalizaba” y “concentraba” de vez en cuando en eventos concretos donde el centro social “se hacía cuerpo/sujeto”.

Organización

En un primer momento, se daba mucha importancia a la asamblea de gestión del centro social, como espacio soberano y decisorio. Pero pronto se descubrió que en esas asambleas no se producían ni la mitad de cosas que en otros espacios donde la comunicación informal y la confianza hacía muy fluida la cooperación. Es fundamental abrir espacios de mezcla y encuentro informal donde la gente pueda conspirar (esto es, respirar juntos). El centro social parte de la iniciativa concreta de varios grupos distintos (Asamblea contra el Paro y la Pobreza, etc.). Se daban responsabilidades a los diferentes grupos y además mucha gente de las comisiones de trabajo (negociación, infraestructuras,

actividades, economía, etc.) formaba parte de esos grupos. Pero no se puede vivir en “asamblea permanente”: por tanto, es fundamental construir relaciones de confianza y criterios políticos compartidos, que funcionen en cada cabeza como un “espacio mental colectivo”.

Cómo conquistar un espacio

¿Cuándo es una buena época para ocupar?, ¿como debería ser ese espacio? La Casa de Iniciativas se okupó “físicamente” en verano (finales de agosto-septiembre). La apertura pública se hizo en septiembre-octubre. Es un buen momento, porque coincide con el curso escolar y se incorpora mucha gente tras las vacaciones con muchas ganas. No se realiza una ocupación pública. El sitio es fundamental: hay que buscar un sitio “escalable”, en el que no haya que realizar muchísimas obras para que esté habitable.

La Casa de Iniciativas siempre buscó ampliar las alianzas existentes. Un gran número de asociaciones registradas, cooperativas, etc., están trabajando dentro del centro, vinculadas al centro, y eso, de cara a las instituciones, da fiabilidad. Se han buscado construir alianzas con todas las ramificaciones de lo social, como fuente de legitimación pública.

Sobre este aspecto de la negociación con las instituciones, la Casa de Iniciativas siempre ha desarrollado un trabajo especial: piensan mucho las dimensiones de la negociación. De hecho, en su momento crearon incluso una comisión de negociación encargada de generar un discurso político que apele a la responsabilidad que tiene cada persona con respecto a su profesión (los políticos, etc.): por ejemplo, hay que decir muy alto y claro que el centro social realiza en muchas ocasiones funciones que corresponderían a las instituciones. Ahí hay un terreno común de entendimiento con ellas. Es necesario negociar con las instituciones manejando su mismo lenguaje y dotándolo de otros contenidos, otros sentidos. La relación con las instituciones tiene siempre que tener un cariz muy poco ideológico y muy práctico.

La relación con los diferentes proyectos que habitan y son ese espacio

¿Como evitar que las personas, los colectivos, no hagan un uso instrumental del espacio? La gente de Casa de Iniciativas intentaban resolver este problema incorporando los saberes de la gente al proceso del centro social: a través del contagio y la cotidianidad, se trataba de implicar a la gente en el proceso político. Pero la tensión/diferenciación entre la gente que pulula por el centro social y el núcleo activo que lo “gestiona” es un problema que da muchos quebraderos de cabeza y plantea desafíos importantes: ¿cómo hacer que la heterogeneidad de tiempos e implicaciones sea un recurso, una fuerza, y no un obstáculo para el centro social? En el caso de los inmigrantes, la convivencia ha sido muy importante. El centro social ha sido un espacio público que cualquiera podía utilizar siempre y cuando se respetasen criterios mínimos de convivencia. En el caso de los inmigrantes, se les ha cedido la Casa de Iniciativas para hacer fiestas de cumpleaños, bautizos, bodas ¡e incluso funerales! Un centro social debe tener siempre una actitud abierta hacia el que viene de fuera, ramificar los espacios de participación, multiplicar los registros, leer los deseos, las singularidades que lo transitan, las “costuras” de los procesos.

Un problema político importante del centro social fue que durante un tiempo se dejó de hablar del centro social porque cada uno estaba centrado en su proyecto particular. Los diferentes proyectos del Centro Social no pueden “tapar” al propio centro. Crear una comunidad, una red afectiva, más allá de una “coordinación” entre distintas gentes o grupos, es vital.

El proyecto del bar fue una cooperativa que proporcionaba dinero a las personas que trabajaban en él, mantenía el centro social abierto (algo muy importante) y era una ventana a la calle. En muchos momentos, se hacía más política en él que en las asambleas. Era un sitio de conspiración, un espacio abierto, liso, de cooperación, donde la gente hablaba, maquinaba y se apuntaba a iniciativas varias. El bar es una puerta de entrada al centro social. Debe ser accesible, debe explicar a las personas dónde se encuentran (junto al vídeo forum, el bar era un

“espacio de la palabra” que servía para que la gente de fuera conociera el proyecto que sostenía políticamente el sitio que estaba a la vista), debe facilitar los contactos con los responsables de los proyectos, etc. El bar era al mismo tiempo un recurso colectivo para los militantes.

La organización es fundamental: por ejemplo, los problemas que había en el bar no eran sólo de las personas que estuvieran trabajando en él en ese momento, sino que todo el mundo del centro social necesitaba sentirse arropado por los demás. Por ejemplo, hubo algunos problemas de seguridad: sin nada más que roces, hubo que echar a alguna persona, entre todos los habitantes del centro social, no sólo entre los que estaban trabajando en la barra justo entonces. Durante una temporada, tuvieron que cerrar el bar por trapicheos. Un centro social es una ventana abierta a los problemas de lo social: una mezcla de mano izquierda y firmeza es necesaria para abordarlos.

Desalojos

Si la red se mantiene no importa el sitio donde se encuentra el Centro Social Okupado, pero cuando se invierte dinero y esfuerzos en un lugar... La importancia de la relación con los medios y la comunicación en esta fase de un centro social es crucial

Okupar el vacío desde el vacío

Entrevista a Carlos Vidania y Marga Padilla

Extraído: http://areaciega.net/index.php/plain/espacios/centros_sociales/laboratorio03/ent_carlos_marga

Sin duda, el centro social El Laboratorio, en sus diversas ediciones, ha sido una de las experiencias más intensas y relevantes de espacio público de resistencia en la ciudad de Madrid. Desde el edificio tomado de Embajadores hasta la okupación de Amparo 103, el Laboratorio ha sido un territorio de agregación y experimentación para sujetos políticos muy heterogéneos (más jóvenes o no tanto, vecinos o no, okupas o menos) que nacieron y crecieron en el desierto neoliberal de los años 80 y atravesaron luego los años 90 en pie de guerra. Hablar del Laboratorio, significa hacerlo sobre un pedazo muy importante de la acción política autoorganizada en la ciudad de Madrid, y en concreto en el barrio “global” de Lavapiés, en años de fragmentación acusada, carestía brutal de espacios públicos.

Reventar las identidades

El Laboratorio 01 nace después del desalojo de La Guindalera en un contexto marcado por la entrada en vigor del nuevo código penal que sanciona duramente la okupación. A diferencia de las okupaciones “locales” que se llevaron a cabo en diferentes barrios por militantes exclusivamente autónomos tras el desalojo de Minuesa, el Laboratorio junta a gente de diversas procedencias políticas con la idea de disolver las identidades rígidas que existían entre distintos colectivos y sujetos heterogéneos. Se trataba de probar si era posible una experiencia común de las expresiones políticamente organizadas de Madrid, si se podía romper con la inercia de las okupaciones que convertían el espacio en un simple local de expresión de una identidad política determinada. La elección de un sitio en el centro de Madrid tenía que ver con ese espíritu “metropolitano”. Al entrar en el primer Laboratorio, el territorio se transforma y transforma a los que lo okupan. Ahora hay algo donde antes no había nada. La política que se hace en el Laboratorio y los imaginarios de sus habitantes no son en absoluto unitarios: unos creían que lo esencial de la okupación eran las actividades (charlas, etc.) que los colectivos realizaban dentro (la okupación como “medio”), mientras que otros comparten más bien el deseo de crear una relación diferente con el territorio, con la militancia, con lo institucional.

Apertura a lo social

El Laboratorio populariza pronto una consigna: “abrirse a lo social”. Se trata de abandonar las políticas autorreferenciales “sólo para militantes” y abordar los problemas concretos, materiales y cotidianos de “lo social”. Pero lo social asalta la experiencia de una forma inmanejable que nadie había previsto: se producen muchísimos problemas que interpelan directamente a la experiencia. Problemas que nadie había pensado pero a los que había que dar respuesta: gente que dormía en la puerta del Labo, gente acodada todo el día en la barra, gente que trapicheaba en el interior del espacio aprovechando la ausencia de policía, etc. Del primer Labo al segundo hay una diferencia muy grande que puede ilustrar la imagen de una puerta cerrada. En efecto, en el Laboratorio 02 sólo se asumen los problemas que se puedan asumir.

Se acabó la ingenuidad de un grupo de militantes que creía poder gestionar tranquilamente y con sus propias fuerzas los problemas de lo social. Lo “social disgregado” sobrepasa a los primeros dos Laboratorios y a lo “social agregado” (la red de Lavapiés) no se llega.

La red de Lavapiés

Una constante marca la relación del Labo con la red de Lavapiés: el miedo de la red a ser absorbidos por una experiencia más fuerte que podía imponer su sentido a otras iniciativas más conservadoras y pequeñas (de carácter asistencial, muchas veces), la desconfianza sentida hacia las formas de lo político “no vecinales”. Se insiste mucho en que el Labo sólo es “una cosa más entre otras” dentro de Lavapiés, aunque la gente del Labo se empeña en repetir que no son un colectivo más entre otros, sino un espacio público, un lugar de encuentro, cooperación e indagación sobre nuevos valores y otras formas de socialidad. Se llega a la paradoja de discutir durante reuniones la propuesta de un centro social autogestionado en el barrio, ¡que no fuera el Laboratorio! Resulta condenadamente difícil salir de las discusiones sobre si los okupas eran o no vecinos, etc. Sin embargo, la propuesta de “extender” el centro social, que no triunfó burocráticamente, a la larga produjo en el plano vital efectos muy importantes: algunos cuerpos concretos presentes en la red de Lavapiés se vincularon afectivamente al Labo en lo sucesivo y hasta el momento. Y no sólo: el Labo 03, el Labo 04 y el que venga han sido y son un asunto de la red de Lavapiés (casi exclusivamente además). El centro social que viene surgirá de las necesidades del barrio. ¿Cancela eso su dimensión metropolitana? No, en absoluto: un centro social en Lavapiés tendrá siempre las características de lo metropolitano.

Cuando se okupó el Laboratorio 01 el barrio era muy diferente al actual: no había tantas asociaciones culturales, ni tantos migrantes (locutorios, etc.), ni habitaba todavía la “farándula lavapiesina”, ni habían hecho acto de presencia los mismos okupas. Con los años el barrio experimenta unas transformaciones gigantescas que vuelven definitivamente inoperativa la noción tradicional de vecino. ¿Quién es hoy “vecino” de Lavapiés? ¿El chino, el marroquí, el ruinoso, el traficante, el okupa, el precario, etc.? Pero la asociación de vecinos

sigue funcionando con esa ficción local generalista: “los vecinos”. Se trata de un resabio de las viejas asociaciones de vecinos, dimensión cultural de la acción política del partido en la fábrica. En todo caso, para la gente del Laboratorio nunca se trató de hacer una “política correcta” o de seguir la “línea justa”, sino de hacer red con gente muy distinta. Aceptar determinados discursos, y no despreciarlos de manera ideológica, era necesario para ese objetivo fundamental de hacer red. Ciertamente, los problemas en torno a los que se agrega lo “social organizado” en el barrio siguen siendo muy clásicos: el centro de salud, por ejemplo. No ya el cuestionamiento de determinada concepción de la salud, sino la simple dificultad de acceso a un centro de salud en condiciones. Aunque las fronteras entre producción y reproducción se hayan difuminado “objetivamente”, la separación entre trabajo y ocio sigue funcionando en nuestras cabezas: por un lado están los amigos, por otro los compañeros de trabajo, más allá está mi amor y más acá mi acción política. Sólo cuando espacio y tiempo se unen, eso cambia, pasan cosas y se recomponen las vidas estalladas. Pero esa experiencia es demasiado intensa, difícil de gestionar y muchas veces se vuelven a separar voluntariamente las cosas para que la vida vuelva a ser “gobernable”.

Migrantes

En el Laboratorio 02 empezó a tejerse una pequeña red de contactos con migrantes. Había algunos de ellos viviendo en el Labo, algunas asociaciones de migrantes se acercan. Pero eso dura poco: los colectivos de migrantes más organizados desaparecen y de pronto no hay ningún interlocutor para maquinar nada juntos. Hay roce con migrantes sólo en situaciones de emergencia y conflictividad (los chavales de Cabestreros, las movilizaciones contra la guerra, etc.), pero no hay construcción alguna de comunidad, ningún espacio de encuentro no reivindicativo, no asistencial. Es difícil hacer una experiencia de lo común cuando “el otro” desaparece. Las tentativas más organizadas, como la oficina de información sobre derechos, que gestionaba el lado más asistencial de la red, tampoco producen nada mucho más sólido: se crean algunos contactos, se siguen durante un tiempo, pero luego todo se pierde como lágrimas en la lluvia. Por supuesto, en Lavapiés hay muchas comunidades de migrantes, pero no se tienen vínculos con ellas. Los senegaleses, por ejemplo, tienen una organización cuasi-

estatal (o, mejor dicho, cuasi-eclesial) muy fuerte, que consigue dinero para el que quiera volver al país natal, se encarga de los entierros, etc. Los dominicanos también tienen lugares muy definidos de encuentro, no así peruanos y ecuatorianos, que están llegando en masa ahora. Los migrantes realmente viven en Lavapiés: construyen sus comunidades, tienen aquí sus locutorios, sus lugares de encuentro, etc. Pero el Laboratorio permanece ajeno a esas redes.

Territorio

La apuesta de redescubrir (o recrear) lo común en el territorio no se ha verificado, pero tampoco se ha falsado. Simplemente no ha habido tiempo para que se hiciese el experimento. Para que el territorio sea un vínculo de construcción de lo común hace falta más tiempo. El territorio tiene una composición múltiple, no sólo la del vecino. Pero, ¿qué espacios hay de reconocimiento donde pueda desarrollarse una vivencia “otra” del espacio? La apuesta del Laboratorio 3 era exactamente esa: hay otras comunidades en el territorio, pero necesitan un espacio de encuentro, un lugar de coincidencia de un “nosotros”. Un centro social es una máquina creadora de sentido, un contexto que fortalece y permite hablarse a las iniciativas que se inscriben en su interior. Entrar en un espacio vacío es realmente duro, hay quien no puede resistirlo. Pero el vacío es otra cosa si hay planos, si se tiene ya la partitura que se quiere tocar. En el caso del Laboratorio, esa partitura estaba escrita con los valores de la conexión y la cooperación. Entonces, el espacio se convierte inmediatamente en una máquina de complicidades que permite poner en común diferentes registros. Pero se necesita tiempo para que los lenguajes que buscan expresarse fuera de los canales codificados de lo político puedan construirse en común con otros. Cuando se ponen juntos los factores de unidad de tiempo y espacio entonces se crea, se produce. Ahora, sin Laboratorio, los distintos lenguajes son lenguajes para otros, no lenguajes en común. Se corre el peligro de que se imponga una mirada triste sobre lo real: ver todas las cosas en términos de disgregación, de carencia, de pérdida (éramos y ya no somos, nos juntábamos y ya no nos juntamos, teníamos y ya no tenemos, etc.). Pero todo depende de la mirada que se aplique sobre la realidad: por ejemplo, la manera de salir de la fábrica en los 70 podía ser una derrota o una fuga afirmativa hacia otros territorios de vida y de conflicto.

El momento de la verdad

Mucha gente tenía con el Laboratorio 03 una relación de instrumentalidad, un compromiso débil. Pero eso no es un problema, sino un dato. El Laboratorio 03 estaba hecho para que así fuera. Sin embargo, cuando el desalojo amenaza el centro social, “lo Político” (tradicional) resurge para gestionar el desalojo y el dato se vuelve un drama para muchos. “Lo Político” se siente abandonado por “lo Cultural”. Ahora, cuando se habla del siguiente Labo, muchos proponen un centro social abierto, pero con claras características políticas. Se dice que hay que evitar que ocurra de nuevo lo mismo: que en el “momento de la verdad” lo Político se exponga y lo Cultural huya. Pero todo eso significa no entender de qué pasta estaba hecha el Labo: sus únicas características políticas claras estribaban precisamente en la apertura. El hecho de que mucha gente que pasaba horas y horas en el Labo no se quedara luego al encierro por la noche tiene su lógica: esa gente fue al Laboratorio hasta el último día a hacer lo que habían estado haciendo durante más de un año, no otra cosa. Ése era su “compromiso” con el Labo. Lo que ocurre es que lo Político entiende demasiadas veces que el “momento de la verdad” de una experiencia de ocupación es precisamente el desalojo, el enfrentamiento. ¿Cómo hacer para que la experiencia de la ocupación pueda desarrollarse sin quedar definida por el desalojo por venir? En el Laboratorio nunca se ha intentado verdaderamente la vía de la negociación, aun cuando haya habido buenas posibilidades: nadie decía que no, pero tampoco que sí. La tentativa del “consejo” planteada por el Laboratorio 02 fue recibida con mucho miedo y agresividad en el fantasmagórico “movimiento de las ocupaciones”. En el Laboratorio 02 la negociación fue casi inexistente, con poquísima implicación, una estratagema puramente instrumental. En el Laboratorio 03 se dice pero no se hace: la emergencia del espacio vuelve fácil la negociación, pero el Labo no da de sí para aferrar la posibilidad: se siente verdadero vértigo. Más tarde se empieza a tomar en serio la posibilidad de negociar, ¡justo cuando ya no hay Labo!

Cuando hablamos de metrópoli queremos decir...

CS Laboratorio

Extraído: <http://www.sindominio.net/laboratorio/documentos/variados/metropol.htm>

Metrópolis no es sinónimo de gran urbe ni de centro capitalista. Es un esquema para describir la actual articulación entre la esfera económica y la política, la interpenetración entre explotación y dominio; en definitiva, el lugar (espacio y tiempo) en el que nos hallamos. Tanta metrópoli hay en el “centro” como en la “periferia”, en el “campo” como en la “ciudad”, en el “primer mundo” como en el “tercer mundo”. En el siguiente texto daremos vueltas sobre el concepto de metrópoli utilizando libremente otros textos ya editados o fotocopiados.

El desierto como metáfora de la metrópoli

El desierto nos rodea poco a poco, extendiendo ante nosotros una arena gris que no brilla bajo el sol. En los oasis, papeles, bolsas de plástico, latas... son arremolinados por el viento. El agua hedionda, cubierta de manchas de aceite, sirve para limpiar los coches. ¡Si por lo menos se pudiera uno perder! También esta posibilidad, reseca por el fuego que cae del cielo, está transida de vacío. Desprovistos de toda seguridad, un mar de arena que sin embargo no quiere tragarnos se mueve bajo nuestros pies. Como windsurfistas cada uno en su tabla sin tierra firme que pisar, las condiciones de vida se parecen cada vez más a las de las estaciones espaciales: nada de oxígeno para respirar, contactos físicos limitados, vida desexualizada, dificultad de comunicación, aislamiento social, sufrimiento psíquico... El ritmo de la cotidianidad es un entretejido de interferencias, continuidades y rupturas. El territorio no es una porción de espacio, es un campo de tensiones constantemente amenazado por la oscuridad. La destrucción de las formas tradicionales de subsistencia, la caída de los salarios, la emigración forzosa, el desempleo masivo, la desmantelación de la comunidad, la pérdida de las garantías sociales, la precariedad y todas las formas que hoy adopta la expulsión del territorio, entendiéndolo por territorio aquel lugar al mismo tiempo material y simbólico en el que podemos vivir y hacernos fuertes, nos encierra en ese desierto caótico, hecho de ruinas de sentido, de líneas que no van a ningún lado, de fragmentos que huyen unos de otros, como después de una gran explosión que ha oscurecido el mundo. Eso es la metrópoli.

Explotación y dominio

La metrópoli abarca todo el planeta, y al mismo tiempo es ridículamente pequeña. Así, cuando una fábrica se privatiza en China y se vende a un banco comercial de Nueva York, un puesto de trabajo bien pagado se suprime en Europa. Manteniendo altas tasas de desempleo en Europa, caen los derechos sociales en la antigua URSS. Al someter un acre de tierra a los proyectos de desarrollo del Banco Mundial para “pagar la deuda”, una casa ocupada se desaloja. Guerras, estallidos y revueltas se suceden en una desesperanzada lucha de control por ga-

nar un territorio. En África se llamará “guerra tribal” o “lucha contra el apartheid”; en los Balcanes o en Oriente Medio se considerará un “problema de nacionalidad”; en el Mediterráneo se tratará de “controlar la emigración”. Pero esta “guerra por la tierra” tiene otros muchos nombres. Para los sindicatos la defensa de su territorio se llama “reparto del trabajo”. En los multimedia, la publicidad conquista continuamente territorio apresando imágenes y eslogans producidos por lo social. En las calles del centro de la ciudad la policía controla el territorio en nombre de la “lucha contra la delincuencia o la droga”, mientras que en los suburbios las asistentes sociales hacen lo mismo en nombre de la “integración social”... Aunque por todas partes la vida está salpicada por los mismos conflictos y la misma muerte, y aunque las relaciones de producción atraviesan la vida de todos, en la metrópoli esto no basta para dar un único sentido a todas nuestras vidas. Aunque nos sentimos cómplices de aquéllos que más allá del miedo y de la esperanza ocupan edificios, abren cárceles, queman bancos o asaltan supermercados sin una alternativa preestablecida, sentimos también que estas experiencias, felices excepciones, no se pueden sumar, ni totalizar, ni reunir, pues sus protagonistas son minorías que de ninguna manera podrían convertirse en mayorías. Eso es la metrópoli.

Lo nuevo y lo viejo

La metrópoli aparece como un resultado de la lucha de clases y, a la vez, como algo completamente nuevo que corta radicalmente con el pasado. Un resultado de la lucha de clases, porque es el desenlace de un enfrentamiento en el que la clase obrera ha sido derrotada. Pero también algo completamente nuevo que, partiendo de la caída de los grandes relatos que orientaban la historia hacia un final necesariamente revolucionario, libera infinitas posibilidades de vida. Lejos de una aceptación postmoderna de “lo que hay” que justifique el “todo vale” (todo son simulacros; todo son juegos de lenguajes; todo es intercambiable...), entendemos la metrópoli como el lugar donde se impone la explotación y el dominio, y también donde se producen luchas, resistencias, enfrentamientos y fugas que van más allá, y por tanto suponen una ruptura, respecto a una determinada manera (la manera “obrero”) de enfrentarse al capital.

El proceso de producción ha salido de las fábricas. Las relaciones de poder se extienden ahora a todo el territorio, que se convierte en una gran fábrica difusa. Una red de dominio soportada por el desarrollo tecnológico (informática, robótica, telecomunicaciones...) configura una nueva sociedad de control. En las formas de dominio que se desarrollan en la metrópoli van perdiendo relevancia los espacios de encierro tradicionales: fábrica, escuela, cárcel, hospital, familia, cuartel... espacios que indudablemente ejercían un secuestro del tiempo de vida pero al mismo tiempo ofrecían un terreno claro de enfrentamiento en el que era fácil distinguir el amigo del enemigo, producían identidades que permitían levantar banderas, cobijaban, daban seguridad... Por el contrario, en la metrópoli la gestión de la gobernabilidad combina una invitación continua a la participación responsable (todos somos responsables de todo) junto con una intensificación de la dualización y exclusión social (los pobres cada vez más pobres, los ricos cada vez más ricos). Es cierto que hay explotadores y explotados. Sí. Es cierto que hay opresores y oprimidos. Sí. Pero eso no lo explica todo.

Procesos en la metrópoli

Afirmamos que la lucha de clases se ha agotado. Agotamiento de la lucha de clases significa que las relaciones de poder ni derivan por entero, ni se agotan, por tanto, en las relaciones de producción. La pérdida de la centralidad de la clase obrera y la crisis de la identidad "trabajo" son una manera de nombrar el conjunto de transformaciones que han tenido lugar en la esfera de la producción, de la política, de la cultura... Enumeremos, a modo de síntesis, algunos de los procesos abiertos por estas transformaciones:

- Pérdida de la centralidad obrera. Reducción del número de obreros de "fábrica" en el conjunto de la fuerza de trabajo, reducción del peso del trabajo en la producción de valores, cultura, comportamientos colectivos, sentido... crisis del proyecto de emancipación social. La lucha reivindicativa, separada de un proceso emancipatorio, raya en corporativismo.

- Lo social excede la clase social y se pone como multiplicidad. En la frase de Marx "Los individuos aislados forman una clase sólo en

la medida en que han de emprender una batalla común contra otra clase”, se recoge el aspecto más importante que caracteriza a las clases sociales: no se definen desde una posición económica estática sino que forman una dualidad dinámica en la que progresivamente se van construyendo como tales. Es decir, las clases sociales no preexisten a la lucha de clases, sino que es justamente a la inversa. Porque hay enfrentamiento de clase es por lo que existen las clases sociales. Las clases sociales son el efecto y el agente de la lucha de clases. Por tanto, al hablar de clases sociales no estamos haciendo sociología, sino política. Al decir que lo social excede la clase social queremos decir que desaparece el metalenguaje de la revolución, que el crecimiento del contrapoder obrero (que forzosamente debe expresarse mediante un único lenguaje) queda oscurecido detrás de una dispersión de lenguajes, que lo social se disloca internamente y se proyecta como multiplicidad, y que en tanto que multiplicidad queda liberado de un criterio político restringido.

- El Estado se hace sistema. El Estado deja de ser instrumento de clase en el sentido de la tradición marxista. Ya no representa los intereses particulares de la “burguesía”, de “todos los burgueses”. Aunque sigue siendo Estado de clase en tanto que garantiza la hegemonía del mercado y de la forma mercancía: la mercantilización de la existencia incluso en contra de los intereses particulares del algún sector del capital. El Estado asume una intervención estabilizadora del sistema. No teme los conflictos. Su tarea es reconducirlos hacia un consenso que asegure la gobernabilidad social. Para el sistema, una demanda no es más legítima por provenir de una necesidad insatisfecha, por más dolor o sufrimiento que esta necesidad insatisfecha produzca. El derecho no viene del sufrimiento ni del dolor. Vendrá en todo caso de la posibilidad de que el tratamiento de este sufrimiento haga al sistema más funcional, más robusto, menos inestable. Es contrario a la fuerza regularse según la debilidad. Sin embargo a la fuerza le es propio suscitar demandas nuevas que puedan dar lugar a la redefinición de formas de vida cada vez más funcionales, para de esta manera secuestrar la vida y ponerla al servicio del poder. Por eso, no es de extrañar que algunas intervenciones de la administración se anticipen o incluso superen con creces las demandas sociales.

- Eclipse de lo político. La democracia representativa se pone como límite y culminación del progreso político. Las medidas legislativas de excepción se justifican por exigencias de seguridad. El estado democrático debe defenderse a sí mismo. La política parlamentaria se convierte en espectáculo de la política, y ya a nadie le interesa más que como mero espectáculo. La participación en la esfera de lo político se aleja del parlamento y se reconduce hacia lo social (ONGs en lugar de partidos políticos).

- Agotamiento de lo posible. La integración social ya no se produce mediante identidades fuertes y homogeneizantes. El sistema incita a un uso del espacio y del tiempo según caminos individualizantes: cada uno “elige su propio estilo de vida” según múltiples posibilidades de elección cuyo mejor paradigma es la publicidad. Tú eliges, por tanto te autoimplicas y te haces responsable. La metrópoli tiene la forma de un supermercado en el que hay múltiples posibilidades de elección. Tras la caída de los grandes relatos, los macroproyectos colectivos han dejado de ser atractivos. Los objetivos vitales de cada cual pertenecen al ámbito de cada cual. Cada uno se ve remitido a sí mismo, y cada uno sabe que ese sí mismo es poco. El ofrecimiento continuo de infinitas posibilidades por parte del sistema no consigue ocultar el agotamiento de lo posible. Constatamos cada día el fin del posibilismo. Lo posible: la claudicación sindical, las ingenuidades ecologistas, la organización de campañas de concienciación, las victorias “morales”... lo posible es deprimente.

- No futuro. Ausencia de futuro, vivir al día, jugar con la vida en todas sus determinaciones tanto individualistas como autodestructivas o radicales. No habrá un mañana mejor. No hay transición posible hacia un futuro mejor, en términos de globalidad.

El trabajo no es lo que era Para completar esta reflexión sobre la metrópoli reproducimos el guión de una entrevista autorrealizada que narra el proceso de pérdida de la centralidad obrera y el paso de la sociedad-fábrica (modelo de desarrollo capitalista de los años cincuenta y sesenta) a la metrópoli (que en el estado español coincide con la transición política).

¿En qué ha cambiado lo que entendemos por trabajo asalariado desde la segunda guerra mundial hasta ahora?

Después de la segunda guerra mundial, el modelo de desarrollo capitalista cambia completamente. De una subutilización del sistema productivo que generaba un paro constante, se pasa a una situación de pleno empleo. Por otro lado, las industrias de producción de bienes de consumo (coches, electrodomésticos...) se convierten en motores del desarrollo económico. En las fábricas se introduce la división del trabajo y el trabajo en cadena, con lo que desaparecen los oficios clásicos. Se genera un consumo masivo. Se configura así un modelo de desarrollo que se ha denominado la sociedad-fábrica.

¿Cuando se habla de sociedad-fábrica, qué se quiere decir exactamente?

Lo que se quiere decir no es tanto que la sociedad entera esté organizada como una fábrica, sino que la identidad trabajo (pertenecer a la clase obrera) se constituye en el auténtico punto de referencia para comprender y transformar la realidad. El conflicto social se organiza a partir de la dualidad capital/trabajo, y a partir de esta relación se comprende la realidad. La historia, la tecnología, el arte, la cultura, la salud... todo adquiere sentido únicamente a partir de esta dualidad que se proyecta en otras muchas: mayorías/minorías, ricos/pobres, buenos/malos, alienados/conscientes.

Por eso, cuando hablamos de sociedad-fábrica, no nos referimos a una sociedad con muchas industrias o con industrias muy grandes, sino que designamos el modo específico que la relación entre el capital y el trabajo adopta en los años cincuenta y sesenta, y que extiende las relaciones de producción a todo el territorio: el barrio, la escuela, el consumo, la sanidad, el tiempo libre... todo es en función de y para la fábrica. La sociedad-fábrica se articula en torno al conflicto entre el capital y el trabajo, y por tanto sitúa a la clase obrera en el centro de las relaciones sociales.

¿Cómo es esta clase obrera que está situada en el centro de los procesos productivos de mercancías, pero también es productora de cultura, de valores y de proyectos de emancipación?

Esta clase obrera, el obrero masa, presenta dos caras diferentes y contradictorias: por un lado es motor del desarrollo capitalista y por el otro es negación del sistema capitalista.

Es motor del desarrollo porque la lucha salarial redundará en un mayor consumo y, por lo tanto, favorece la acumulación capitalista. Pero sobre todo es motor del desarrollo porque con sus continuas demandas salariales obliga al capital a introducir continuamente innovaciones tecnológicas. Las huelgas obreras favorecen las innovaciones científico-técnicas que finalmente culminarán con la robotización masiva de la producción y con la expulsión de la clase obrera fuera de la fábrica. La clase obrera, con su lucha, obliga al capital a ser “progresista”.

Pero la clase obrera también es negación del sistema capitalista en cuanto se pone como poder que niega el sistema y que lucha por ampliar la esfera del no trabajo. Hablamos de autonomía obrera cuando la clase obrera se pone como negación del capital. La autonomía obrera se expresa en multitud de prácticas tales como el absentismo, el sabotaje, la autorreducción, la expropiación y también, por supuesto, la lucha salarial.

¿Estas dos tendencias, aparecen combinadas o bien se dan por separado?

En el seno del movimiento obrero, la tendencia reformista y la tendencia autónoma se combinan y se polarizan continuamente. El nacimiento y la historia de las Comisiones Obreras, por ejemplo, es la historia de esta problemática combinación.

Sin embargo, en el estado español podemos hablar de un auténtico ciclo de luchas autónomas, especialmente durante la transición democrática. Es un simplismo afirmar que la clase obrera sólo ha luchado por aumentos salariales. Los aumentos salariales se han reivindicado y se han conquistado, pero cuando la clase obrera se ha puesto como ne-

gación del capital entonces lo que se ha producido es una lucha directa entre dos poderes. Y ha sido entonces cuando el capital ha tenido que sacar a la calle a la policía, declarar el estado de excepción y, llegado el caso, directamente matar.

¿Cuál es la respuesta del capital frente a este contrapoder obrero que se pone como negación?

La respuesta por una parte es represiva: detenidos, despedidos... Por otra parte es integradora. Utilizando a los sindicatos se establecen pactos sociales, el más emblemático de los cuales es el Pacto de la Moncloa en 1977. Se legaliza el derecho a libre afiliación sindical y huelga, lo cual es una manera de controlar estos derechos que en la práctica ya se estaban ejerciendo.

Pero la respuesta más estructural se produce a través de la introducción de nuevas tecnologías que apartan a la clase obrera de esa posición central que tenía en la sociedad-fábrica. La producción en cadena es sustituida por la automatización y la robotización, que reducen enormemente no sólo la cantidad de puestos de trabajo, sino la posibilidad de que el trabajador o trabajadora pueda sabotear el proceso de producción. Se vuelve a utilizar el paro como un mecanismo de control sobre la clase obrera, los salarios bajan, las garantías sociales se pierden. Digamos que la clase obrera es expulsada de la fábrica y por tanto el modelo de la sociedad-fábrica llega a su fin. La clase obrera ha sido derrotada.

La palabra derrota parece bastante negativa. ¿Hay algún elemento positivo en esta derrota?

Por supuesto. Se ha producido la derrota de una determinada manera de enfrentarse al capital. A partir de esta derrota se abren nuevas perspectivas para el antagonismo social. Por ejemplo: ya nadie cree en un proyecto total de transformación de la sociedad, con lo que el valor de la unidad ha sido sustituido por el de multiplicidad. Como no hay un proceso unitario de acumulación de luchas, tampoco es posible articular una representación. Esto se ve muy claro en las okupas. Puede hablarse de casas okupadas, pero no de un movimiento de okupación.

No hay unidad, sino multiplicidad. De manera que ya no es posible hablar de vanguardias que “van abriendo el camino que otros deben seguir”. La militancia como sacrificio es otro de los valores que ha sido derrotado.

El fin de la sociedad-fábrica supone un cambio de escenario total. Al nuevo escenario lo llamamos la metrópoli. Igual que la sociedad-fábrica no se refiere a una sociedad con muchas fábricas, tampoco la metrópoli se refiere a una ciudad muy grande, sino al terreno en el que nos encontramos con el poder y nos resistimos a él. La principal característica de la metrópoli es la ausencia de un proceso único y central que explique la realidad y nos permita transformarla.

Reflexiones sobre los centros sociales desde una práctica autónoma

Jacobo - CS Laboratorio

Extraído: www.sindominio.net/laboratorio/documentos/variados/debate1.htm

«El eliminar la violencia de las estructuras patriarcales y el desarrollar una alternativa más allá del socialismo forzado y del terror capitalista depende, como siempre, de nosotr@s mism@s. Y es que de la resistencia no surge necesariamente la alternativa. Las contradicciones internas que provoca una y otra vez toda forma de dominio violento, llevan por un lado, a roces constantes con el sistema pero, por otro lado, y por ello mismo, a su modernización. Sin embargo, en sí mismo esto no supone un acercamiento a una sociedad libre de poder. Lo admitimos, suena a verdad de perogrullo. Sin embargo, los movimientos y organizaciones que intentan ir más allá del rechazo al sistema dominante no han conseguido sacar de ello consecuencias prácticas. No tenemos problemas en definir el motivo de nuestra lucha pero sí en reconocer nuestras metas. Por eso todos los intentos de obtener espacios en los que movernos libremente dentro de las estructuras sociales las que luchamos, llegan más tarde o más temprano a un punto en el que no se sabe seguir adelante.»

Congreso de AUTONOMÍA. Abril de 1995. Berlín. Humboldt Universität

A modo de breve introducción

Este intento de repensar de una forma muy autocrítica el desarrollo (y para algun@s fallecimiento) de la izquierda autónoma alemana y su práctica política fue un fracaso. La caída del muro había desterrado a la casi totalidad de las organizaciones de la izquierda dogmática occidental, pero se habían creado dentro de la propia «autonomía» grupos que se constituían en vanguardia del mismo, siguiendo los cánones de juicio de la vieja izquierda.

En el Estado español el proceso no ha sido muy diferente, toda la gama de partidos y grupúsculos que sobrevivieron a la transición han fallecido recientemente, tomando la iniciativa, en lo referente a las formas de intervención social, las prácticas autónomas desligadas de las estructuras partidistas. El problema surge en la articulación del sector propiamente autónomo; entre las subjetividades que quieren verlo y construirlo como un ente con un discurso monolítico (y en ese sentido en mi opinión reaccionario) y los que apuestan por una línea más difusa y difícilmente catalogable. Lo cierto es que este debate soterrado no tiene unos márgenes estrictos y que en ambas orillas existen procesos más complejos. Lo real, también, es que este debate está contaminado de roces personales; supuestas diferencias ideológicas; etc., que en su mayoría están impregnadas de un desagradable y repetitivo olor a naftalina. En cierto modo nos es más fácil vivir lo político como una guerra entre el Frente Judaico de Salvación y el Frente para la Judea Libre (ver “La vida de Brian”) que plantearnos las «nuevas» cuestiones que el proceso económico crea en el sentido de reestructuración de la economía; los procesos convergentes- las nuevas y más sofisticadas vías represivas- la centralidad del debate trabajo/no trabajo; los retrocesos en las políticas y derechos sociales... Los desafíos son numerosos, y no creo que la solución sea recurrir ni a las biblias del siglo XIX ni a los supuestos principios y dogmas del movimiento (-?). Al contrario, pienso que precisamente recurrir a ellos constantemente es constituirnos nosotr@s en parte de esa vieja izquierda, purista, patética, prepotente, escisionista y dogmática. Tenemos la posibilidad de regenerar, sin renunciar a nuestro reciente y adolescente pasado, un discurso y unas prácticas que sean políticamente constructivas, recogiendo ade-

más una serie de cuestiones que diferentes movimientos europeos e incluso latinoamericanos (véase EZLN) están planteando desde hace algún tiempo. Se trataría, quizá, de replanteamos nuestro propio pasado, para reconstruir nuestro propio futuro. «Conspirar quiere decir respirar conjuntamente». Mantenernos en el gueto, seguir creando y defendiendo castillos de naipes sólo nos lleva a la asfixia.

Centros sociales. Cooperación contra mando

«Un urbanismo cada vez más agresivo y acorde con las necesidades de la economía privada que convierte las metrópolis en auténticos campos de batalla, sin plazas ni espacios colectivos de socialización de los que no puede extraerse una rentabilidad económica, y donde la gente se comunica y pone en común intereses e inquietudes»¹.

El papel que en principio juegan los Centros Sociales Okupados es invertir esta situación, construir un referente en el territorio de cooperación social. En este sentido debemos analizar cual es el trabajo real que queremos hacer; que relación hay entre l@s ocupantes y el barrio; quienes forman el Centro Social, que relación hay entre este y el tejido asociativo del mismo... la desconexión con el entorno lleva como máximo a la indiferencia, la implicación en la realidad cotidiana del territorio lleva como mínimo el obligado y palpable conocimiento (independientemente de estar a favor o en contra) y como máximo a la cooperación horizontal. A mi modo de ver debemos plantearnos en los espacios que pretendemos autogestionar modelos asistenciales que repercutan en el beneficio colectivo del barrio. Por ejemplo, en el CSO «David Castilla» teníamos una asesoría jurídica que fue utilizada por una cantidad considerable de vecin@s afectad@s por los planes de reestructuración del barrio, previamente habíamos buzoneado más de tres mil panfletos anunciando este «servicio».

Si a esto añadimos otras prestaciones, como guardería, consulta médica, alfabetización...

¹ Jornadas de debate. Pelegrina 2 y 3 de Marzo de 1996. Coord. de colectivos lucha autónoma.

¿Estaremos entonces parcheando prestaciones que debería cubrir el Estado? O por el contrario, estaremos creando un tejido de autogestión que las políticas liberales privatizadoras no cubren a amplios sectores de la población.

De hecho ahora los Centros Sociales cubren otro tipo de «asistencialismo», el único estable el comedor popular, y el más consolidado y ruidoso financiando otros proyectos, colectivos, radios libres, grupos de solidaridad internacionalista, etc.

«En lo que atañe a los Centros Sociales, estos se ven atravesados materialmente por la nueva composición de clase, basada en el trabajo flexible, precario, móvil en el territorio», los frecuente y autogestiona ese corte de lo social formado por estudiantes que ya no son sólo estudiantes, por parados que ya no son sólo simplemente parados, por trabajadores autónomos (para subordinados) que sólo son autónomos porque al cabo de un mes no reciben un salario, por una fuerza de trabajo escolarizada, altamente cualificada en lo que atañe a las nuevas tecnologías, que prefiere incluso trabajar en cooperativa, experimentando nuevas relaciones sociales, en actividades manuales, antes que sufrir el trabajo sometido a un mando. Los Centros Sociales están formados por esa nueva composición de clase en cuyo seno -por otro lado- tiene plena ciudadanía la fuerza de trabajo inmigrante, la más disponible, como es obvio, para los trabajos más móviles, flexibles y mal pagados»².

Parad@s franceses okupan sedes de la patronal, hoteles de lujo, locales de partidos políticos, restaurantes, etc., la fractura social se constituye alrededor del trabajo. El Estado español se sitúa a la cabeza del índice europeo de paro, con el valor añadido de estar a la cola de ser de los últimos en ofertar prestaciones al desempleo. Nosotr@s conocemos bien la cantinela: telechurro, telepizza y teleidiota.

Si realmente somos un movimiento de transformación debemos enfatizar en la centralidad de esta cuestión. Antes señalábamos las posibilidades asistencialistas de autogestión real de servicios, que

2 Jornadas de debate. Pelegrina 2 y 3 de Marzo de 1996. Coord. de colectivos lucha autónoma.

funcionarían como cooperativas. Es decir, los Centros Sociales como espacios de autoempleo, pero no como refugio de los desheredados sino como potencia constructiva de la nueva composición de clase que antes se señalaba, los Centros Sociales como una amenaza, como una exigencia de derechos y como un volcán en plena ebullición de debate de las propuestas «recientes» del conflicto: Reducción del tiempo de trabajo y reparto del empleo, economía plural y solidaria, exigencia de un ingreso mínimo incondicional y acumulable³.

La construcción de los espacios okupados no sólo va en esta dirección de intervención en lo social. La ocupación en mi opinión es también un proyecto de vida, y quizá sea precisamente esto lo más jodido. Estos deseos de cooperación, trabajo vivo, apoyo mutuo, etc., no son nada sin un esfuerzo decidido de «cambio personal» (que nadie se lleve las manos a la cabeza). Un trabajo cotidiano que parte de asumir nuestras propias miserias, pero que no debe transformarse en las formas (o no sólo en ellas) sino en el fondo. No hay solución colectiva programática al conflicto del patriarcado. El patriarcado esta en tu cocina, en tu cama, en tu mente, en tu actitud en las asambleas, en tu calle, en tu barrio, en tus amig@s... En los Centros Sociales se vive este conflicto, debemos asumirlo rechazando la lógica del «espacio liberado», hablando y potenciando el debate así como la práctica eficiente antes que espectacular.

Pero claro, todo esto se ve truncado un buen día, generalmente a primera hora de la mañana. La inestabilidad de las ocupaciones hace difícil invertir en proyectos sólidos, esta debilidad se percibe clarísimamente desde el exterior con lo que cada ocupación es un volver a empezar. El lema debería ser «un desalojo, otra ocupación partiendo de cero y con la impotencia de ver las porras echarte de un sitio que te molaba mogollón». Demasiado largo y además no rima.

3 Llamamiento de l@s 35 por la elaboración de una política económica y social realmente innovadora y democrática. Alain Caillé, Guy Michel, Daniel Mothé, Toni Negri,...

Negociación y diálogo

«Si el dedo señala a la luna, el imbécil mira al dedo, no a la luna.»

Primero fue Amparo: "(...) Mientras tanto se había estado negociando, a pesar de que el concejal de Centro (...) se negó a recibirnos (...) en la Comunidad Autónoma de Madrid nos pasaron material y decían que iban a ser nuestros interlocutores para intentar conseguir el local (...)». Luego Ronda de Atocha. De esas comisiones, fueron esenciales, la comisión de prensa, que elaboraba los comunicados diariamente con las decisiones de la asamblea y atendía a los periodistas y la comisión de negociación que se encargaba de negociar de aquí para allá, con los diferentes poderes públicos la obtención de la casa o en su defecto de otra similar». Luego Argumosa, Leganés, Veracruz 44, en Móstoles⁴, ocupación de la calle Madera⁵, y muchas más. Lo importante no es negociar, sino qué se negocia y cómo se negocia. La idea del C.S.O. «el Laboratorio» del Consejo da transparencia a un posible proceso negociador: «Un diálogo así no sólo busca un resultado práctico concreto que reivindicar, también y sobre todo permite crear un escenario político nuevo que puede extraer al movimiento del círculo vicioso de la okupación-desalojo-nueva okupación como elemento de constitución e identidad. Queremos quedarnos con lo que okupamos, no sólo tener una experiencia singular que recomponer cada cierto tiempo y, sobre todo, queremos tiempo para que los proyectos autogestionados que nacen en los centros sociales tengan oportunidad de proliferar y arraigar (...)»⁶. Aquí no se está suplicando un espacio a cambio de paz social o pérdida de nuestra identidad subversiva, aquí se está exigiendo que la administración nos reconozca como un contrapoder capaz de hacer ceder ante nuestras demandas.

«Tras un año de negociaciones lo han conseguido. Nos dicen desde este barrio del sur de Madrid que han conseguido un local para la basca del barrio. Tras estar un año de puerta en puerta y soportar a los politiqueros de la comunidad y el ayuntamiento que no se

4 Okupaciones en Madrid. Especial revista autónoma Sabotaje, 1987.

5 Revista Sabotaje, número 6 de mayo de 1988.

6 Acerca del consejo (una primera aproximación). CSOA El Laboratorio.

querían hacer responsables de concederlo. Este lokal pertenecía a los cabrones de la OJE. Al final la comunidad ha cedido. Las negociaciones las ha llevado a cabo el consejo de la juventud del distrito de media sur, y han puesto a la comunidad la condición de que el lokal sea gestionado por los jóvenes que lo utilicen»⁷.

El movimiento de ocupaciones se regenera, l@s veteran@s abandonan quemados, te curras una vida en comunidad pero es tal la precariedad (a veces sin luz ni agua y penoso estado del edificio) que se hace muy duro, o te curras mogollón un espacio, lo pones dabuti y al poco generalmente te echan. Cuestión de suerte y de aguante, si tienes un/a hij@ puedes olvidarte. Entra peña joven con ganas y el movimiento aumenta lentamente, pero la mayoría de nuestras energías las gastamos en preparar los desalojos, costear los procesos judiciales con conciertos, sobrevivir en precario, pues muchos proyectos no se consolidan por la inseguridad o la ignorancia de la temporalidad. Por el contrario imponernos como una realidad afianzada y no permanentemente amenazada permite destinar buena parte de nuestra energía a construir, extender, y difundir autonomía y autogestión. Crear alternativa.

La negociación se plantea como una posible solución a un conflicto enquistado sólo en la represiva. Actualmente el sentimiento de resignación ante los desalojos es palpable. Ninguna propuesta de resistencia a los mismos es una fórmula mágica que realmente consiga evitarlos, pero los Centros Sociales y las ocupaciones son ya una realidad social. Eso sí, una realidad que el sistema hoy por hoy sabe asumir como algo marginado, como movimiento estético y dialéctico (l@s de la k). Se hacen peliculitas en las que aparecemos como una panda de idiotas altruistas, románticos e insoportablemente simpáticos. Hay «okupas buenos y malos», algun@s okupas se lo creen (que son mal@s) y lo propagan a los cuatro vientos. En cambio no creo que a la administración le haga mucha gracia reconocernos como interlocutores, reconocer nuestra iniciativa pública y política. Admitir que la ocupación puede ser una solución para conseguir una vivienda digna como habitualmente decimos, y que los Centros Sociales Okupados y Autogestionados son proyectos colectivos de transformación, de antagonismo y creación de cooperación en los barrios.

⁷ Revista África, marzo de 1988. «Krónicas de okupación».

A pesar de todo, o por ello mismo

Corre camarada El viejo mundo te pisa los talones!» (Mayo del 68).

«(...) para nosotr@s se trata de una auténtica revolución cultural y mental: despedirse definitivamente de cualquier incrustación o cualquier sobra de las viejas ideologías. No es la realidad la que tiene que plegarse «ideológicamente» a nuestros sueños y deseos (meter en cintura al mun-do: utopía negativa), sino que, por el contrario, nuestra subjetividad y capacidad de producir acción política debe colocarse dentro de un «movimiento real que transforma el estado presente de las cosas». Y en ello portando elementos de radicalidad, de ruptura, de conquista de nuevos derechos, de nuevos y más altos umbrales de liberación (utopía positiva y concreta)»⁸.

Cada centro social tiene su propia dinámica, su propio enfoque, sus propias posturas y sus propias miserias. Aceptar la diferencia como algo positivo y enriquecedor, hacer de la crítica un elemento de cooperación constructiva, no llenemos el tazón de mierda. Existen proyectos muy diferentes pero no tendrían por que ser diferenciadores. ¡Vamos a dar caña no sólo a l@s de arriba, también a nuestras propias actitudes! En marcha hacia el siglo XXI!

Jacobo, del CSO «el Laboratodo»

P.D.: LA AUTONOMÍA DIFUSA

«En definitiva, la Autonomía Difusa delimitada al conjunto de comportamientos discontinuos e irregulares, identificables por su actuación concreta con la «ideología» del área Autónoma, como materialización de las concepciones derivadas de la autovalorización e independencia respecto al Estado y al Capital, en la perspectiva del comunismo, como realidad factible o desde un punto de vista de utopía realizable.»

Textos sobre la Autonomía Obrera. La Sociedad: Nuevo Marco de Producción.

⁸ Reflexiones sobre viejos y nuevos nacionalismos. Red Autónoma del Nordeste Italia.

Indice

- ***Centros sociales: monstruos y máquinas políticas para una nueva generación de instituciones de movimiento.*** Pablo Carmona, Tomás Herreros, Raúl Sánchez Cedillo, Nicolás Sguiglia /3

- ***La metrópoli y la llamada crisis de la política. La experiencia de ESC.*** Atelier Occupato ESC (Roma) /17

- ***El arte de tejer.*** Entrevista a Javier Toret. Casa de Iniciativas (Málaga) /25

- ***Okupar el vacío desde el vacío.*** Entrevista a Carlos Vidania y Marga Padilla. CS Laboratorio (Madrid)/31

- ***Cuando hablamos de metrópoli queremos decir...*** CS Laboratorio (Madrid) /37

- ***Reflexiones sobre los centros sociales desde una práctica autónoma.*** Jacobo - CS Laboratorio (Madrid) /47